TODOS AL TREN



Alejandro Elías

Por Rodrigo Fresán

Pasan tantas cosas en los trenes. Escenas de amor y Beatles correteando por los vagones y –a menudo– cosas terribles: dos extraños intercambiando asesinatos, todas esas puñaladas en el Orient Express, ya saben cómo empieza y termina *Anna Karenina* y "los trenes ahora son puntuales" era uno de los slogans más encendidos del encendido fascismo italiano.

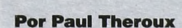
No queda del todo claro si el norteamericano y extranjero profesional Paul Theroux (Massachussetts, 1941) ama u odia a los trenes, pero de lo que no hay duda alguna es que es un consumado y consumido adicto a ellos. Por lo menos a ellos y a ellas les debe una fama justa. Theroux tenía publicados varios títulos de ficción que le habían dado uno de esos prestigios que gratifican más al ego que al bolsillo cuando descubrió una veta que de inmediato lo convirtió en ciudadano del mundo con las correspondientes tarjetas de crédito para disfrutarlo. Fue en 1975 cuando a Theroux se le ocurrió revitalizar el concepto por entonces un tanto alicaído del travel-writing con un interesante gimmick: moverse de un lado a otro en tren y nada más que en tren. Así surgió *The Great Railway Bazaar: By Train Through Asia* (conocido entre nosotros como *Pasajeros en los trenes del mundo*) y cuatro años más tarde su variante neomundista con *The Old Patagonian Express: By Train through the Americas* (editado aquí como *Pasajeros en los trenes de América*) con la sombra tutelar de Jorge Luis Borges, porque ésa es la última parada que se promete y se impone Theroux: terminar su viaje entrevistando al escritor ciego en su departamento junto a la Plaza San Martín.

Los años y los royalties no han hecho otra cosa que incentivar la bacteria nómade de este escritor ferrocarrilero. Así se fueron agregando sucesivos vías crucis por el Reino Unido, cubriendo el trayecto que va de Peshawar a Chittagong o montando el célebre Gallo de Hierro chino. Periplos siempre condimentados por los súbitos arranques de mal humor viajero de Theroux –despotricando contra burócratas del turismo, religiosos de pacotilla o malversadores de bienes raíces y destructores de paisajes– que se convierten en las partes más divertidas de sus itinerarios. No queriendo limitarse a los rieles, Theroux también ha contado con aviones y barcos para seguir haciendo de las suyas. Quien quiera empezar con cautela antes de explorarlo in toto puede arrancar con la antología *To the Ends of the Earth*, recopilada por Theroux en 1990. Y después seguir, claro.

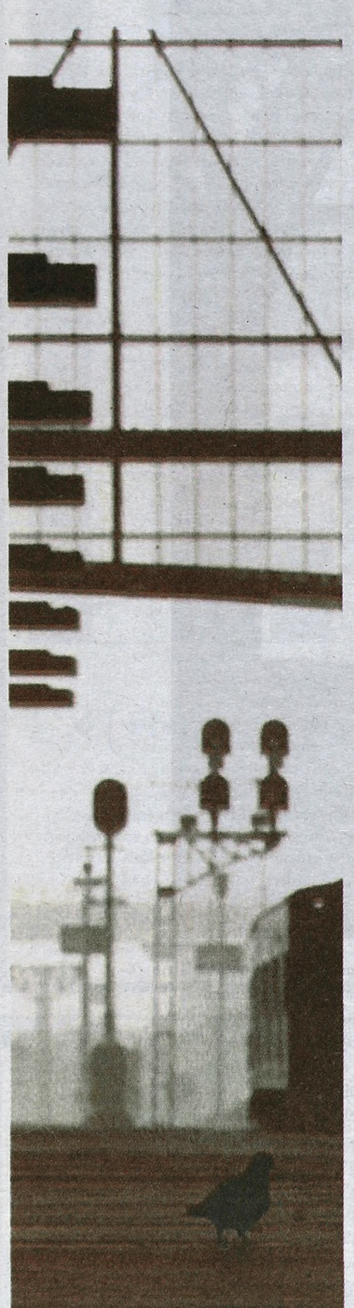
Las ficciones de Theroux también están marcadas por el signo del movimiento. La más célebre de ellas es, seguro, *La Costa Mosquito* (1981) donde un padre mesiánico e insoportable arrastra a su familia a unas supuestas utópicas vacaciones a perpetuidad en un rincón perdido de América Central. No hace falta decirlo, pero por las dudas: las vacaciones terminan mal, pero muy mal.

Pasajeros en los trenes de

El tren de la



Por Paul Theroux



Desde la niñez, cuando vivía tan cerca de la línea de Boston y Maine que podía oír el silbato de las locomotoras, pocas veces escucho un tren sin desear estar viajando en él. Es que los silbatos entonan un hechizo: losferrocarriles tienen el encanto de las ferias del Oriente, se deslizan como serpientes, siempre a nivel, sin importarles el terreno, nos mejoran el ánimo a medida que aumenta la velocidad, y nunca nos hacen volcar la bebida. El tren nos tranquiliza en los lugares horribles, algo que no puede decirse de los aviones, que nos ponen nerviosos al hacernos pensar en el fin del mundo, ni tampoco de los ómnibus de larga distancia, con sus emanaciones nauseabundas, ni de los autos, que producen parálisis. Si un tren es largo y cómodo, no es necesario siquiera viajar con destino fijo: basta un asiento en un rincón ya que es posible moverse todo el tiempo, o ir parado con las piernas bien abiertas, sin llegar nunca, ni sentir que hay necesidad de llegar, como ese hombre afortunado que vive en los ferrocarriles italianos porque está jubilado y tiene un pase libre. Es mejor viajar en primera clase que llegar a destino, o, como dijo el novelista inglés Michael Frayn una vez, alterando una frase de McLuhan: "el viaje es el destino". Yo había elegido el Asia, y el sólo acordarme de que estaba a medio mundo de distancia me llenaba de alegría.

Entonces Asia estaba del otro lado de la ventanilla, yo era transportado a través de ella en un expreso, y me maravillaba tanto de la feria de Oriente dentro del tren como de las que pasábamos a toda velocidad. Todo es posible en un tren: una gran comida, una parranda, una partida de naipes, una intriga, un buen sueño, y monólogos de personas extrañas enmarcados como cuentos cortos rusos. Tenía la intención de tomar todos los trenes que se cruzaran por mi camino desde Londres hasta la estación central de Tokio; tomar el ramal a Simla, o el que atraviesa el paso de Khyber, o la línea que conecta los Ferrocarriles de la India con los de Ceilán; el expreso de Mandalay, el Flecha de Oro de Malasia, los trenes locales de Vietnam, y los trenes con nombres fascinantes, como el Expreso de Oriente, el Estrella del Norte, el Transiberiano.

Fui en busca de trenes, y encontré pasajeros.

El primero fue Duffil. Lo recuerdo porque después su nombre fue usado con un significado especial, al principio por Molesworth, luego por mí. Estaba delante de mí en la fila en el andén 7, en Victoria, en "Salidas internacionales". Era un hombre viejo, con ropa demasiado grande para él, por lo que supuse que habría partido con apuro, llevándose lo primero que vio, o tal vez acababa de salir del hospital. Cuando caminaba, arrastraba las botamangas de los pantalones, haciéndolas hilachas, y llevaba una cantidad de paquetes de forma extraña, envueltos en papel madera, atados con piolín. Parecían pertenecer más bien a un anarquista descuidado, de esos que ponen bombas, que a un intrépido viajero. Los rótulos colgantes se mecían en la corriente de aire que venía de las vías. En cada uno estaba escrito R. Duffil, y la dirección era la del Splendid Palas Hotel, Estambul. Ibamos a viajar en el mismo tren. Una irónica viuda escondida tras un severo velo hubiera sido mejor recibida, y tanto mejor si llevaba una valija de mano llena de gin y de alguna herencia. Pero no había ninguna viuda. Había viajeros "a dedo", europeos que regresaban a Europa munidos de bolsas de compra de Harrod's, viajantes, francesas acompañadas por amigos de cara avinagrada, y parejas de ingleses canosos con montones de novelas que en vez de un viaje parecían emprender un costoso adulterio literario. Ninguno viajaría más allá de Ljubljana. Duffil llegaría hasta Estambul, y me interesaba saber cuál sería su excusa para ir tan lejos. Yo simplemente me iba. No me quedaba nada por hacer. No tenía empleo, así que nadie me iba a ver besando a mi esposa, después de un momento de silencio, para luego subir al tren de las 15.30, solo.

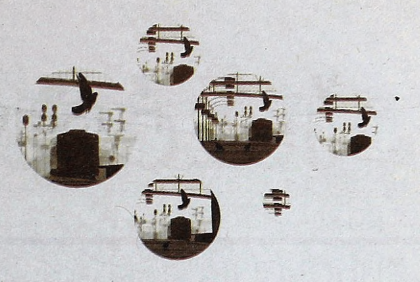
El tren avanzaba con estruendo a través de Clapham. Se me ocurrió que el viaje era escape y persecución, por partes iguales, pero para cuando dejamos atrás los balcones de ladrillo, los patios llenos de carbón y los estrechos jardines posteriores de las casas suburbanas del Sur de Londres y atravesábamos los campos de juego de la universidad de Dulwich (había chicos que hacían ejercicios, lánguidamente, vestidos con cuello y corbata) ya me había olvidado de los titulares de los diarios que había visto toda la mañana: "El bebé Kristen: acusarán a la mujer e intentan liberar a la asesina de nueve años". Por suerte ninguno decía "Novelista desaparece". Luego pasamos una hilera de casas, entramos en un túnel, y después de viajar un minuto en medio de una oscuridad absoluta fuimos lanzados maravillosamente a un nuevo paisaje de extensas praderas con ganado que pastaba y campesinos de azul que segaban heno. Habíamos salido a la superficie dejando atrás a Londres, ciudad gris, húmeda y subterránea. En Seven Oaks pasamos otro túnel, y volvimos a emerger a una escena pastoril, con campos de caballos que escarceaban, ovejas echadas, cuervos posados sobre silos; después, por la ventanilla opuesta, vimos un barrio de casas prefabricadas. Por la de mi lado, una granja jacobina, y más vacas. Así es Inglaterra: los suburbios invaden el campo. En varios pasos a nivel vi hileras como de cien metros de autos. Los pasajeros del tren se deleitaban vengativamente ante el abarrotamiento del tránsito, y parecían murmurar maldiciones de regocijo.

Era un cielo viejo. En Tonbridge pasamos junto a escolares de saco azul, con las medias caídas, que llevaban valijas y bates de cricket y sonreían estúpidamente. Nos deslizamos junto a ellos como un rayo, arrebatándoles la sonrisa. No nos detuvimos ni siquiera en las estaciones más importantes, que contemplé desde el vagón comedor, donde tomaba un té insípido. El señor Duffil también estaba encorvado sobre una taza de té, sin quitarle la vista a sus paquetes. Revolvía la bebida con una de esas cucharas que usan los médicos para que los pacientes abran bien la boca. Pasamos los campos de lúpulo que le dan a Kent un aire mediterráneo en septiembre. Luego un campamento gitano, de catorce vapuleados coches de remolque, cada uno con su indestructible pila de basura junto a la puerta del frente. Después una granja, y a unos diez metros una casa de departamentos con muchas prendas interesantes tendidas en la soga: bombachas de golf, calzoncillos largos, corpiños negros, gorras y medias formando gallardetes, todo como un mensaje difícil de interpretar. Me dieron la impresión de ser banderas de señales izadas sobre el convoy de esas casas, pidiendo socorro.

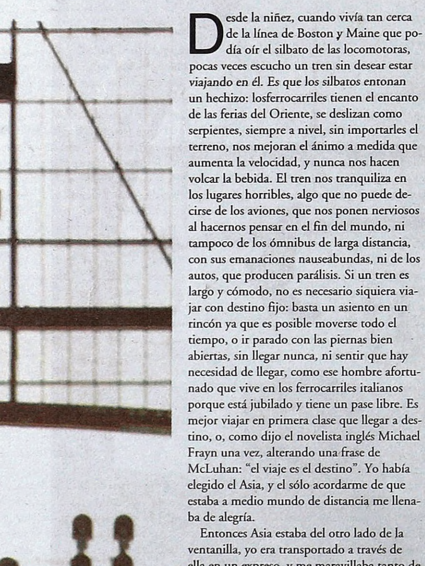
El hecho de que no paráramos le daba al tren inglés un sentido de apresurado propósito. Corríamos en dirección a la costa para el cruce del Canal. Pero era un drama falso. Duffil, desde su mesa inclinada, pidió una segunda taza de té. Los negros depósitos de Ashford aparecieron como manchas indistintas para desaparecer de inmediato, y empezamos a cruzar las colinas cubiertas de césped de Romney Marsh, en dirección a Folkestone. Ya para entonces yo había dejado atrás a Inglaterra. Los otros pasajeros también. Regresé a mi compartimiento y oí a unos italianos que levantaban la voz, quizá juntando ánimos al darse cuenta de que estábamos cerca del límite de Inglaterra. Unos

Pasajeros en los trenes del mundo

El tren de las 15 y 30 de Londres a París



Por Paul Theroux



Desde la niñez, cuando vivía tan cerca de la línea de Boston y Maine que podía oír el silbato de las locomotoras, pocas veces escucho un tren sin desear estar viajando en él. Es que los silbatos entonan un hechizo: losferrocarriles tienen el encanto de las ferias del Oriente, se deslizan como serpientes, siempre a nivel, sin importarles el terreno, nos mejoran el ánimo a medida que aumenta la velocidad, y nunca nos hacen volcar la bebida. El tren nos tranquiliza en los lugares horribles, algo que no puede decirse de los aviones, que nos ponen nerviosos al hacernos pensar en el fin del mundo, ni tampoco de los ómnibus de larga distancia, con sus emanaciones nauseabundas, ni de los autos, que producen parálisis. Si un tren es largo y cómodo, no es necesario siquiera viajar con destino fijo: basta un asiento en un rincón ya que es posible moverse todo el tiempo, o ir parado con las piernas bien abiertas, sin llegar nunca, ni sentir que hay necesidad de llegar, como ese hombre afortunado que vive en los ferrocarriles italianos porque está jubilado y tiene un pase libre. Es mejor viajar en primera clase que llegar a destino, o, como dijo el novelista inglés Michael Frayn una vez, alterando una frase de McLuhan: "el viaje es el destino". Yo había elegido el Asia, y el sólo acordarme de que estaba a medio mundo de distancia me llenaba de alegría.

Entonces Asia estaba del otro lado de la ventanilla, yo era transportado a través de ella en un expreso, y me maravillaba tanto de la feria de Oriente dentro del tren como de las que pasábamos a toda velocidad. Todo es posible en un tren: una gran comida, una parranda, una partida de naipes, una intriga, un buen sueño, y monólogos de personas extrañas enmarcados como cuentos cortos rusos. Tenía la intención de tomar todos los trenes que se cruzaran por mi camino desde Londres hasta la estación central de Tokio; tomar el ramal a Simla, o el que atraviesa el paso de Khyber, o la línea que conecta los Ferrocarriles de la India con los de Ceilán; el expreso de Mandalay, el Flecha de Oro de Malasia, los trenes locales de Vietnam, y los trenes con nombres fascinantes, como el Expreso de Oriente, el Estrella del Norte, el Transiberiano.

Fui en busca de trenes, y encontré pasajeros.

El primero fue Duffil. Lo recuerdo porque después su nombre fue usado con un significado especial, al principio por Molesworth, luego por mí. Estaba delante de mí en la fila en el andén 7, en Victoria, en "Salidas internacionales". Era un hombre viejo, con ropa demasiado grande para él, por lo que supuse que habría partido con apuro, llevándose lo primero que vio, o tal vez acababa de salir del hospital. Cuando caminaba, arrastraba las botamangas de los pantalones, haciéndolas hilachas, y llevaba una cantidad de paquetes de forma extraña, envueltos en papel madera, atados con piolín. Parecían pertenecer más bien a un anarquista descuidado, de esos que ponen bombas, que a un intrépido viajero. Los rótulos colgantes se mecían en la corriente de aire que venía de las vías. En cada uno estaba escrito R. Duffil, y la dirección era la del Splendid Palas Hotel, Estambul. Ibamos a viajar en el mismo tren. Una irónica viuda escondida tras un severo velo hubiera sido mejor recibida, y tanto mejor si llevaba una valija de mano llena de gin y de alguna herencia. Pero no había ninguna viuda. Había viajeros "a dedo", europeos que regresaban a Europa munidos de bolsas de compra de Harrod's, viajantes, francesas acompañadas por amigos de cara avinagrada, y parejas de ingleses canosos con montones de novelas que en vez de un viaje parecían emprender un costoso adulterio literario. Ninguno viajaría más allá de Ljubljana. Duffil llegaría hasta Estambul, y me interesaba saber cuál sería su excusa para ir tan lejos. Yo simplemente me iba. No me quedaba nada por hacer. No tenía empleo, así que nadie me iba a ver besando a mi esposa, después de un momento de silencio, para luego subir al tren de las 15.30, solo.

El tren avanzaba con estruendo a través de Clapham. Se me ocurrió que el viaje era escape y persecución, por partes iguales, pero para cuando dejamos atrás los balcones de ladrillo, los patios llenos de carbón y los estrechos jardines posteriores de las casas suburbanas del Sur de Londres y atravesábamos los campos de juego de la universidad de Dulwich (había chicos que hacían ejercicios, lánguidamente, vestidos con cuello y corbata) ya me había olvidado de los titulares de los diarios que había visto toda la mañana: "El bebé Kristen: acusarán a la mujer e intentan liberar a la asesina de nueve años". Por suerte ninguno decía "Novelista desaparece". Luego pasamos una hilera de casas, entramos en un túnel, y después de viajar un minuto en medio de una oscuridad absoluta fuimos lanzados maravillosamente a un nuevo paisaje de extensas praderas con ganado que pastaba y campesinos de azul que segaban heno. Habíamos salido a la superficie dejando atrás a Londres, ciudad gris, húmeda y subterránea. En Seven Oaks pasamos otro túnel, y volvimos a emerger a una escena pastoril, con campos de caballos que escarceaban, ovejas echadas, cuervos posados sobre silos; después, por la ventanilla opuesta, vimos un barrio de casas prefabricadas. Por la de mi lado, una granja jacobina, y más vacas. Así es Inglaterra: los suburbios invaden el campo. En varios pasos a nivel vi hileras como de cien metros de autos. Los pasajeros del tren se deleitaban vengativamente ante el abarrotamiento del tránsito, y parecían murmurar maldiciones de regocijo.

Era un cielo viejo. En Tonbridge pasamos junto a escolares de saco azul, con las medias caídas, que llevaban valijas y bates de cricket y sonreían estúpidamente. Nos deslizamos junto a ellos como un rayo, arrebatándoles la sonrisa. No nos detuvimos ni siquiera en las estaciones más importantes, que contemplé desde el vagón comedor, donde tomaba un té insípido. El señor Duffil también estaba encorvado sobre una taza de té, sin quitarle la vista a sus paquetes. Revolvía la bebida con una de esas cucharas que usan los médicos para que los pacientes abran bien la boca. Pasamos los campos de lúpulo que le dan a Kent un aire mediterráneo en septiembre. Luego un campamento gitano, de catorce vapuleados coches de remolque, cada uno con su indestructible pila de basura junto a la puerta del frente. Después una granja, y a unos diez metros una casa de departamentos con muchas prendas interesantes tendidas en la soga: bombachas de golf, calzoncillos largos, corpiños negros, gorras y medias formando gallardetes, todo como un mensaje difícil de interpretar. Me dieron la impresión de ser banderas de señales izadas sobre el convoy de esas casas, pidiendo socorro.

El hecho de que no paráramos le daba al tren inglés un sentido de apresurado propósito. Corríamos en dirección a la costa para el cruce del Canal. Pero era un drama falso. Duffil, desde su mesa inclinada, pidió una segunda taza de té. Los negros depósitos de Ashford aparecieron como manchas indistintas para desaparecer de inmediato, y empezamos a cruzar las colinas cubiertas de césped de Romney Marsh, en dirección a Folkestone. Ya para entonces yo había dejado atrás a Inglaterra. Los otros pasajeros también. Regresé a mi compartimiento y oí a unos italianos que levantaban la voz, quizá juntando ánimos al darse cuenta de que estábamos cerca del límite de Inglaterra. Unos nigerianos, que hasta ese momento no habían sido más que un cuarteto de sombreros que se mecían con las sacudidas del tren (dos hongos, un turbante y una peluca como panal de abeja) empezaron a hablar en yoruba, parecían deletrear cada palabra, haciendo chasquear los labios cuando completaban una sílaba. Cada pasajero emigró a su propio idioma, abandonando el musitar británico y desviando la mirada.

–Oh, mira –dijo una mujer, abriendo un pañuelo sobre la falda.

–Es tan ordenado y prolijo –dijo el hombre junto a la ventanilla.

–Flores frescas. –La mujer se cubrió delicadamente la nariz con el pañuelo y se sonó un costado primero, luego el otro.

El hombre dijo:

–La Comisión de Cementerios de Guerra los cuida.

–Y lo hacen maravillosamente.

Una pequeña figura cargada de paquetes envueltos con papel madera y atados con piolín atravesó el pasillo, golpeando la ventanilla del compartimiento con el codo: era Duffil. La dama de Nigeria se inclinó y leyó el nombre de la estación: -Fockystoon–. Su mala pronunciación parecía sarcástica. Estaba tan poco impresionada como el personaje de Trollope, Lady Glencora ("no había nada que quisiera tanto como ir a Folkestone").

El viento que soplaba de un mar color plomizo, sobre el que caía una lluvia fina, se me metió en los ojos. Me hacía lagrimear el resfrío que me había pescado con los primeros fríos de septiembre en Londres, que me habían hecho soñar con paisajes de palmeras y la rosada tibieza de Ceilán. El resfrío hacía que mi partida fuera más fácil. Era como una cura: "¿No ha tomado aspirinas?". "No, creo que iré a la India". Llevé mis valijas hasta el ferry y me dirigí al bar. Había dos hombres de edad. Uno hacía sonar un florín sobre el mostrador, para atraer la atención del barman.

–Reggie se ha achicado terriblemente –dijo el primer hombre.

–¿Te parece? –dijo el segundo.

–Temo que sí. Se ha achicado terriblemente. La ropa le queda grande.

–Nunca fue corpulento.

–Ya lo sé. Pero ¿lo has visto?

–No. Godfrey dice que estuvo enfermo.

–Yo diría que estuvo *muy* enfermo.

–Está envejeciendo, el pobre.

–Y se está achicando terriblemente.

Entró Duffil. Bien podrían haber estado hablando de él. Pero no: los viejos lo ignoraron. Duffil tenía el aspecto preocupado de la persona que ha dejado sus paquetes en alguna parte, que es el mismo aspecto del que se siente perseguido. Su ropa, demasiado grande para él, lo hacía parecer frágil. Un abrigo de gabardina, de color gris ratón, le colgaba en pliegues desde los hombros; los puños eran tan largos que le llegaban hasta la punta de los dedos y hacían juego con el largo de los arrugados pantalones. Tenía olor a mendrugos de pan. Todavía llevaba puesta la gorra de tweed, y también estaba resfriado. Los zapatos eran interesantes, de ese tipo de zapatones para todo uso que lleva la gente de campo. Aunque no pude ubicar el acento –le estaba ordenando sidra al barman– había otras características provincianas en él, especialmente una frugalidad empecinada en sus duraderas ropas, que un londinense hubiera considerado raídas. Podría decir seguramente dónde había comprado el abrigo, dónde la gorra, y cuánto le habían costado, y desde cuándo tenía los zapatos. Unos minutos después pasé junto a él en un rincón del bar y vi que había abierto uno de los paquetes. Frente a él estaban esparcidos un cuchillo, un pan francés, un tubo de mostaza y rodajas de rojo salame. Ensimismado en sus pensamientos, masticaba lentamente su sandwich.

La estación en Calais estaba oscura, pero el expreso de París iluminado como de día. Me sentí animado. Lady Glencora le dice a su amiga: "Podemos llegar hasta los Curdos, Alice, sin volver a subir a un barco. A mi manera de pensar, ésa es la ventaja del Continente". Pues bien, a París entonces, y al Expreso de Oriente, y a los Curdos. Subí al tren, y como mi compartimiento estaba opresivamente atestado, me dirigí al coche comedor a tomar un trago. *Un camarero me* llevó a una mesa donde estaban una mujer y un hombre, que separaban los panes, pero no los comían. Traté de pedir vino. Los camareros iban y venían con las bandejas, ignorando mi rostro suplicante. El tren arrancó. Miré por la ventanilla, y cuando me volví vi que me habían servido un trozo de pescado quemado. La pareja que desmenuzaba el pan me explicó que tenía que llamar al camarero de los vinos. Lo busqué, mientras me servían el segundo plato, por fin lo vi y le pedí el vino.

–Angus dice en el *Times* que él se documentó –dijo el hombre–. Me parece que no tiene sentido.

–Supongo que Angus tiene necesidad de documentarse –dijo la mujer.

–¿Angus Wilson? –pregunté.

El hombre y la mujer me miraron. La mujer sonrió, pero el hombre me miró con una expresión poco amistosa. –Graham Greene no habría tenido necesidad de hacerlo –dijo.

–¿Por qué no? –le pregunté.

El hombre suspiró.

–Lo hubiera sabido de antemano –dijo.

–Ojalá pudiera estar de acuerdo con usted –dije–. Pero al leer *As If By Magic* de Angus Wilson me dije: "¡Aquí sí que hay un verdadero agrónomo!". Luego leí *El cónsul honorario* de Graham Greene y el médico de treinta años me pareció más bien un novelista de setenta. Le aclaro que me parece una buena novela. Debería leerla. ¿Toman vino?

–No, gracias –dijo la mujer.

–Graham me envió un ejemplar –dijo el hombre.

Se dirigió a la mujer.

–Afectuosamente, Graham. Eso me escribió. Lo tengo en la valija.

–Es una persona encantadora –dijo la mujer–. Siempre disfruto cuando estoy con Graham.

Se hizo un largo silencio. El coche comedor hacía mecer la vinagrera y las botellas de salsa. Finalmente sirvieron el postre, con el café. Yo había terminado mi media botella de vino y estaba ansioso por tomar otra, pero los camareros estaban ocupados otra vez, haciendo eses de mesa en mesa con las bandejas y recogiendo los platos sucios.

–Me encantan los trenes –dijo la mujer–. ¿Sabía que el coche contiguo va a ser enganchado al Expreso de Oriente?

–Sí –dije–. En realidad...

–Ridículo –dijo el hombre guardando la hojita de papel que le acababa de entregar el camarero. Llenó la bandejita de dinero, ayudó a la mujer a ponerse de pie y se retiró, sin *dirigirme la mirada.*

Mi comida me salió cuarenta y cinco francos, o aproximadamente diez dólares. Me escandalicé, pero tuve la ocasión de vengarme. De regreso en mi compartimiento me di cuenta de que me había olvidado el diario en la mesa del coche comedor. Volví a buscarlo, pero cuando le puse la mano encima, el mozo me dijo:

–Qu'est-ce que vous faîtes?

–Este es mi diario –le espeté.

–C'est votre place, cela?

–Por supuesto.

–Eh bien alors, qu'est-ce que vous avez mangé? –Parecía disfrutar con la sutileza de su interrogatorio.

–Pescado quemado. Una porción diminuta de rosbif. *Courgettes*, quemados y como sopa, papas frías, pan rancio, y todo eso me costó cuarenta y cinco francos, repito, *cuarenta y cinco...*

Me entregó el diario.

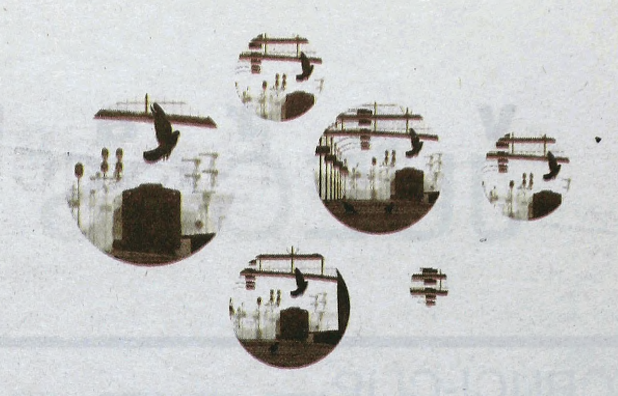
En la Gare du Nord engancharon mi coche a otra locomotora. Duffil y yo observamos cómo lo hacían desde el andén, y después subimos al tren. Le costó bastante trabajo hacerlo, y cuando llegó arriba se quedó un rato jadeando. Todavía seguía en el mismo lugar, jadeando, cuando partimos de la estación hacia la Gare de Lyons, para unirnos al resto del Expreso de Oriente. Es un viaje de veinticinco minutos. Eran más de las once, y la mayoría de los edificios de departamentos estaba a oscuras. Pero por una ventana iluminada se veía una fiesta en sus postrimerías; parecía el cuadro del interior de una ciudad, colgado e iluminado en la oscura galería de techos y balcones. El tren al pasar me fijó la ventana en los ojos: dos hombres y dos mujeres alrededor de una mesa sobre la que había tres botellas de vino, los restos de una gran comida, tazas de café, una fuente con fruta en la que se notaban varias bajas. Todo el decorado, y los hombres en mangas de camisa, evidenciaban una amable intimidad, la triste comedia de una reunión de amigos. Jean y Marie habían estado afuera. Jean sonreía, listo para hacer alguna imitación, con una de esas expresiones muy francesas. Movía las manos todo el tiempo, diciendo: "Se subió a la mesa como una loca y comenzó a agitarlo en mis narices.¡Increíble! Le dije a Marie: `¡Los Picard no me van a creer cuando se los cuente!' Pero es verdad. Y después ella...".

El tren recorrió lentamente París, serpenteando entre los edificios oscuros, depositando su chirriante *frseeeeeeeee fronnnng* en el oído de las mujeres que dormían. La Gare de Lyons estaba llena de vida, habitada por ese encanto nocturno que producen las luces brillantes y las humeantes locomotoras. Del otro lado de las centelleantes vías la lona con varillas puesta sobre un tren lo transformó de pronto en una oruga, lista a partir y abrir un camino a dentelladas a través de Francia. Sobre el andén los pasajeros que iban llegando bostezaban, el paso vacilante por el cansancio. Los changadores descansaban apoyados sobre las carretillas para equipaje, observando cómo luchaba la gente con las maletas. Nuestro coche fue enganchado al resto del expreso directo de Oriente, y la sacudida que se produjo me tiró sobre la señora que estaba frente a mí, despertándola. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Emecé.

mundo

s 15 y 30 de Londres a París



nigerianos, que hasta ese momento no habían sido más que un cuarteto de sombreros que se mecían con las sacudidas del tren (dos hongos, un turbante y una peluca como panal de abeja) empezaron a hablar en yoruba, parecían deletrear cada palabra, haciendo chasquear los labios cuando completaban una sílaba. Cada pasajero emigró a su propio idioma, abandonando el musitar británico y desviando la mirada.

–Oh, mira –dijo una mujer, abriendo un pañuelo sobre la falda.

–Es tan ordenado y prolijo –dijo el hombre junto a la ventanilla.

–Flores frescas. –La mujer se cubrió delicadamente la nariz con el pañuelo y se sonó un costado primero, luego el otro.

El hombre dijo:

–La Comisión de Cementerios de Guerra los cuida.

–Y lo hacen maravillosamente.

Una pequeña figura cargada de paquetes envueltos con papel madera y atados con piolín atravesó el pasillo, golpeando la ventanilla del compartimiento con el codo: era Duffil. La dama de Nigeria se inclinó y leyó el nombre de la estación: -Fockystoon-. Su mala pronunciación parecía sarcástica. Estaba un poco impresionada como el personaje de Trollope, Lady Glencora ("no había nada que quisiera tanto como ir a Folkestone").

El viento que soplaba de un mar color plomizo, sobre el que caía una lluvia fina, se me metió en los ojos. Me hacía lagrimear el resfrío que me había pescado con los primeros fríos de septiembre en Londres, que me habían hecho soñar con paisajes de palmeras y la sosada tibieza de Ceilán. El resfrío hacía que mi partida fuera más fácil. Era como una cura: "¿No ha tomado aspirinas?". "No, creo que iré a la India". Llevé mis valijas hasta el ferry y me dirigí al bar. Había dos hombres de edad. Uno hacía sonar un florín sobre el mostrador, para atraer la atención del barman.

–Reggie se ha achicado terriblemente –dijo el primer hombre.

–¿Te parece? –dijo el segundo.

–Temo que sí. Se ha achicado terriblemente. La ropa le queda grande.

–Nunca fue corpulento.

–Ya lo sé. Pero ¿lo has visto?

–No. Godfrey dice que estuvo enfermo.

–Yo diría que estuvo *muy* enfermo.

–Está envejeciendo, el pobre.

–Y se está achicando terriblemente.

Entró Duffil. Bien podrían haber estado hablando de él. Pero no: los viejos lo ignoraron. Duffil tenía el aspecto preocupado de la persona que ha dejado sus paquetes en alguna parte, que es el mismo aspecto del que se siente perseguido. Su ropa, demasiado grande para él, lo hacía parecer frágil. Un abrigo de gabardina, de color gris ratón, le colgaba en pliegues desde los hombros; los puños eran tan largos que le llegaban hasta la punta de los dedos y hacían juego con el largo de los arrugados pantalones. Tenía olor a mendrugos de pan. Todavía llevaba puesta la gorra de tweed, y también estaba resfriado. Los zapatos eran interesantes, de ese tipo de zapatones para todo uso que lleva la gente de campo. Aunque no pude ubicar el acento –le estaba ordenando sidra al barman– había otras características provincianas en él, especialmente una frugalidad empecinada en sus duraderas ropas, que un londinense hubiera considerado raídas. Podría decir seguramente dónde había comprado el abrigo, dónde la gorra, y cuánto le habían costado, y desde cuándo tenía los zapatos. Unos minutos después pasé junto a él en un rincón del bar y vi que había abierto uno de los paquetes. Frente a él estaban esparcidos un cuchillo, un pan francés, un tubo de mostaza y rodajas de rojo salame. Ensimismado en sus pensamientos, masticaba lentamente su sandwich.

La estación en Calais estaba oscura, pero el expreso de París iluminado como de día. Me sentí animado. Lady Glencora le dice a su amiga: "Podemos llegar hasta los Curdos, Alice, sin volver a subir a un barco. A mi manera de pensar, ésa es la ventaja del Continente". Pues bien, a París entonces, y al Expreso de Oriente, y a los Curdos. Subí al tren, y como mi compartimiento estaba opresivamente atestado, me dirigí al coche comedor a tomar un trago. Un camarero me llevó a una mesa donde estaban una mujer y un hombre, que separaban los panes, pero no los comían. Traté de pedir vino. Los camareros iban y venían con las bandejas, ignorando mi rostro suplicante. El tren arrancó. Miré por la ventanilla, y cuando me volví vi que me habían servido un trozo de pescado quemado. La pareja que desmenuzaba el pan me explicó que tenía que llamar al camarero de los vinos. Lo busqué, mientras me servían el segundo plato, por fin lo vi y le pedí el vino.

–Angus dice en el *Times* que él se documentó –dijo el hombre–. Me parece que no tiene sentido.

–Supongo que Angus tiene necesidad de documentarse –dijo la mujer.

–¿Angus Wilson? –pregunté.

El hombre y la mujer me miraron. La mujer sonrió, pero el hombre me miró con una expresión poco amistosa. –Graham Greene no habría tenido necesidad de hacerlo –dijo.

–¿Por qué no? –le pregunté.

El hombre suspiró.

–Lo hubiera sabido de antemano –dijo.

–Ojalá pudiera estar de acuerdo con usted –dije–. Pero al leer *As If By Magic* de Angus Wilson me dije: "¡Aquí sí que hay un verdadero agrónomo!". Luego leí *El cónsul honorario* de Graham Greene y el médico de treinta años me pareció más bien un novelista de setenta. Le aclaro que me parece una buena novela. Debería leerla. ¿Toman vino?

–No, gracias –dijo la mujer.

–Graham me envió un ejemplar –dijo el hombre.

Se dirigió a la mujer.

–*Afectuosamente, Graham*. Eso me escribió. Lo tengo en la valija.

–Es una persona encantadora –dijo la mujer–. Siempre disfruto cuando estoy con Graham.

Se hizo un largo silencio. El coche comedor hacía mecer la vinagrera y las botellas de salsa. Finalmente sirvieron el postre, con el café. Yo había terminado mi media botella de vino y estaba ansioso por tomar otra, pero los camareros estaban ocupados otra vez, haciendo eses de mesa en mesa con las bandejas y recogiendo los platos sucios.

–Me encantan los trenes –dijo la mujer–. ¿Sabía que el coche contiguo va a ser enganchado al Expreso de Oriente?

–Sí –dije–. En realidad...

–Ridículo –dijo el hombre guardando la hojita de papel que le acababa de entregar el camarero. Llenó la bandejita de dinero, ayudó a la mujer a ponerse de pie y se retiró, sin dirigirme la mirada.

Mi comida me salió cuarenta y cinco francos, o aproximadamente diez dólares. Me escandalicé, pero tuve la ocasión de vengarme. De regreso en mi compartimiento me di cuenta de que me había olvidado el diario en la mesa del coche comedor. Volví a buscarlo, pero cuando le puse la mano encima, el mozo me dijo:

–*Qu'est-ce que vous faîtes?*

–Este es mi diario –le espeté.

–*C'est votre place, cela?*

–Por supuesto.

–*Eh bien alors, qu'est-ce que vous avez mangé?* –Parecía disfrutar con la sutileza de su interrogatorio.

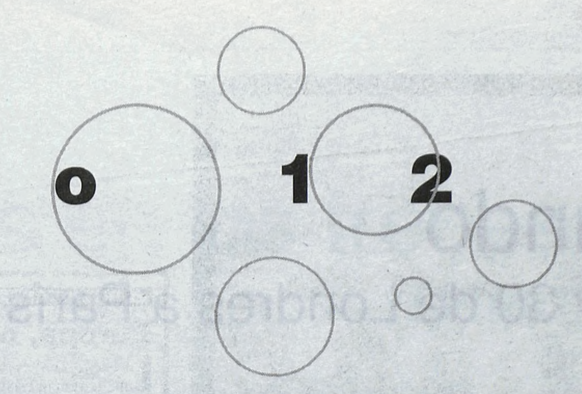
–Pescado quemado. Una porción diminuta de rosbif. *Courgettes*, quemados y como sopa, papas frías, pan rancio, y todo eso me costó cuarenta y cinco francos, repito, *cuarenta y cinco...*

Me entregó el diario.

En la Gare du Nord engancharon mi coche a otra locomotora. Duffil y yo observamos cómo lo hacían desde el andén, y después subimos al tren. Le costó bastante trabajo hacerlo, y cuando llegó arriba se quedó un rato jadeando. Todavía seguía en el mismo lugar, jadeando, cuando partimos de la estación hacia la Gare de Lyons, para unirnos al resto del Expreso de Oriente. Es un viaje de veinticinco minutos. Eran más de las once, y la mayoría de los edificios de departamentos estaba a oscuras. Pero por una ventana iluminada se veía una fiesta en sus postrimerías; parecía el cuadro del interior de una ciudad, colgado e iluminado en la oscura galería de techos y balcones. El tren al pasar me fijó la ventana en los ojos: dos hombres y dos mujeres alrededor de una mesa sobre la que había tres botellas de vino, los restos de una gran comida, tazas de café, una fuente con fruta en la que se notaban varias bajas. Todo el decorado, y los hombres en mangas de camisa, evidenciaban una amable intimidad, la triste comedia de una reunión de amigos. Jean y Marie habían estado afuera. Jean sonreía, listo para hacer alguna imitación, con una de esas expresiones muy francesas. Movía las manos todo el tiempo, diciendo: "Se subió a la mesa como una loca y comenzó a agitarlo en mis narices.¡Increíble! Le dije a Marie: '¡Los Picard no me van a creer cuando se los cuente!' Pero es verdad. Y después ella...".

El tren recorrió lentamente París, serpenteando entre los edificios oscuros, depositando su chirriante *frseeeeeeeee fronnnng* en el oído de las mujeres que dormían. La Gare de Lyons estaba llena de vida, habitada por ese encanto nocturno que producen las luces brillantes y las humeantes locomotoras. Del otro lado de las centelleantes vías la lona con varillas puesta sobre un tren lo transformó de pronto en una oruga, lista a partir y abrir un camino a dentelladas a través de Francia. Sobre el andén los pasajeros que iban llegando bostezaban, el paso vacilante por el cansancio. Los changadores descansaban apoyados sobre las carretillas para equipaje, observando cómo luchaba la gente con las maletas. Nuestro coche fue enganchado al resto del expreso directo de Oriente, y la sacudida que se produjo me tiró sobre la señora que estaba frente a mí, despertándola. ●

Se reproduce por gentileza de editorial Emecé.



verano 12
JUEGOS

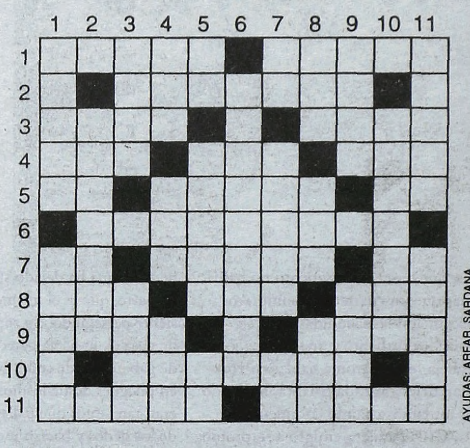
CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

MASA PEQUEÑA DE NIEVE QUE CAE · PRONOMBRE RELATIVO · HACE ABOLLADURAS · SOCIEDAD COMERCIAL · DOCUMENTO DE CONTRATO DE SEGUROS · MANGO, MANIJA · CUBRIRÉ CON UNA CAPA DE ORO

(LE ... SPORTIF) MARCA DEPORTIVA · HACED MADEJA EL HILO · QUE TIENE SOMBRA · RELATIVO AL YAMBO · ESCUCHA · NARINA DEL CABALLO · MARCHARSE · DESCUBRA LO CERRADO · EXAMINAR O ESTUDIAR · DARÁ GRITOS Y ALARIDOS · DE IGUAL PARECER · DE ARABIA · PERSONAJE DE ALFRED JARRY · TÓXICO, TOXINA · QUE TIENE TANINO · IGUALADO CON EL RASERO · NOMBRE DEL ESCRITOR YUTANG · OPONERSE UNA AUTORIDAD A LA APROBACIÓN DE UNA LEY · DECRETO DEL ZAR · POEMAS LÍRICOS · AMARRES · NOMBRE DEL ACTOR CHANEY · NOVENAS · NO PUBLICADA · SALID DEL VIENTRE MATERNO · DESLUZCA POR MALTRATO · OSEO

CLASICO



HORIZONTALES

1. Metal muy pesado de color gris azulado./ Nombre de mujer.
2. Volver a mirar.
3. Abrasad./ Bolsa de tela o cuero.
4. Símbolo del radián./ Condimento./ (... "King" Cole) Cantante negro.
5. Característica de radioemisoras de Buenos Aires./ Anca del caballo./ Símbolo del bario.
6. Músculo que separa pecho de abdomen.
7. Apócope de mamá./ Que no pertenece al clero./ Artículo neutro.
8. Pronombre indefinido./ Parte de la quilla./ Percibí olores.
9. Asunto jurídico./ Labrar.
10. Vaporizador, atomizador.
11. Ejecutan, hacen./ Especie de falda de las indígenas del Ecuador y del Perú.

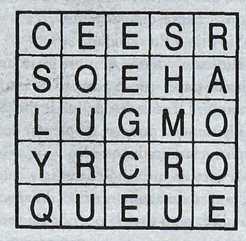
VERTICALES

1. Río de Estados Unidos./ Abundante.
2. Danza catalana.
3. Rezad./ Atreverse.
4. Abreviatura de "Medicina"./ Unidad de aceleración en el sistema C.G.S./ Organización de los Estados Americanos.
5. Símbolo del Brahma./ Cabecear el buque./ Radón.
6. Que ofende o insulta.
7. Símbolo del erbio./ Sin brillo (fem.)./ Sociedad Anónima.
8. Artículo determinante (fem., pl.)./ Abreviatura de "Agosto"./ Rey de Beocia.
9. República del sudoeste de Asia./ Ribete de un vestido.
10. Pez común de España.
11. Consume./ Percibirlo con el oído.

EXTRACCION

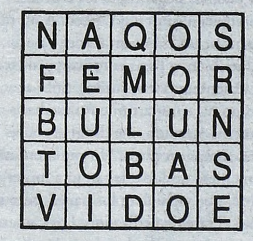
Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1. Industria láctea



C	E	E	S	R
S	O	E	H	A
L	U	G	M	O
Y	R	C	R	O
Q	U	E	U	E

2. Palabras náuticas



N	A	Q	O	S
F	E	M	O	R
B	U	L	U	N
T	O	B	A	S
V	I	D	O	E

3. Flores y frutas

F	A	M	V	O
L	R	L	G	A
M	A	L	O	A
D	I	N	S	A
M	A	E	I	N

SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

C	O	Q	■	A	S	P	A	D
O	■	U	M	B	R	O	S	O
P	■	I	■	O	L	L	A	R
O	Y	E	■	L	■	I	■	A
■	A	N	A	L	I	Z	A	R
■	M	■	■	A	R	A	B	E
U	B	U	■	■	S	■	R	■
L	I	N	■	V	E	T	A	R
U	C	A	S	E	■	A	■	A
L	O	N	■	N	O	N	A	S
A	■	I	N	E	D	I	T	A
R	■	M	■	N	A	C	E	D
A	J	E	■	O	S	O	S	O

EXTRACCION

1. Industria láctea
Crema, suero, leche, yogur, queso.
2. Palabras náuticas
Nudos, foque, babor, timón, velas.
3. Flores y frutas
Fresa, limón, malva, dalia, mango.

CLASICO

P	L	O	M	O	■	E	L	I	N	A
E	■	R	E	M	I	R	A	R	■	G
A	S	A	D	■	N	■	S	A	C	O
R	A	D	■	A	J	O	■	N	A	T
L	R	■	G	R	U	P	A	■	B	A
■	D	I	A	F	R	A	G	M	A	■
M	A	■	L	A	I	C	O	■	L	O
U	N	O	■	R	O	A	■	O	L	I
C	A	S	O	■	S	■	A	R	A	R
H	■	A	E	R	O	S	O	L	■	L
O	B	R	A	N	■	A	N	A	C	O